



Huitzilin



Ocurrió una vez en que me encontraba cómodamente instalado en una hamaca, ese extraordinario artillugio inventado para meditar sin interferencias a cielo abierto; de repente oí un zumbido como de... ¿de que? ¡si no hay algo que se le parezca!; abrí los ojos y... ¡oh Dios!... la visión fue verdaderamente celestial, allí estaba Huitzil, glorioso embajador del sol, con sus reflejos iridiscentes, suspendido en el espacio gracias a su portentosa fuerza corporal (relativa) y mirándome fijamente, cara a cara, sin miedo. Me quedé estático y extasiado ante la visión, que duró apenas unos cuantos segundos antes de que el prodigio fuera a buscar otros entretenimientos en que ocupar su siempre insatisfecha curiosidad.

El huitzilin, el glorioso colibrí, chupamirto, hummingbird, verdaderamente el rey de los alados, precisamente por su tamaño, pequeñísimo en dimensión física, pero gigante en pundonor relativo. Pensaba que los colibríes eran mudos, pero nó, emiten una especie de "carraspeo" bastante perceptible, seguramente su "llamado" a los de su especie, y además grito de advertencia para que los vean y se aparten los intrusos, cosa harto difícil, porque su tamaño y aspecto son de todo menos espantadores.

En una ocasión encontré a un huitzil prácticamente exhausto; casi no podía moverse mucho menos volar. Resulta que se metió por alguna razón en un edificio y no pudo salir porque se cerró la puerta; seguramente trató y trató de encontrar una salida hasta que sus fuerzas simplemente se agotaron y cayó. Lo agarré con mucho cuidado, lo deposité en una zona verde a la sombra y me aparté tantito, para poder observar sin molestar. Estuvo un buen rato como dormido y respirando agitadamente para, de repente, salir disparado como un torpedo a reponer energía con el néctar abundante en algún parterre cercano.

Una primavera, una pareja de colibríes, evidentemente primerizos, instalaron su nido en una ramita del hiedrazal que crece en el patio trasero de nuestra casa. Las expectativas en torno al desarrollo del proceso fueron creciendo hasta llegar a la puesta de los minúsculos tres huevos y el encobar por turnos. Todo parecía ir tan bien pero..., lamentablemente, un gato de la vecindad que solía visitar sin invitación los detectó y se comió a uno de ellos destruyendo en la operación, cual Atila, la obra de arte que los huitziles habían tejido para hogar de su futura prole. Fue un día sombrío aquel de abril.

Casi todos los imperios que ha habido, o hay, en este lado del planeta Tierra han escogido al águila como símbolo de fuerza y majestad. Los emperadores de esos imperios nunca, seguramente, han visto y apreciado la majestad y la fuerza pasmosa de un colibrí. Solo el pueblo Mexica, antes de ser imperio, tuvo un colibrí como numen inspirador, disimulado el concepto en Huitzilopochtli, el guía divinizado, quien aparentemente renqueaba un poco, y seguramente caminaba ayudándose con un cayado, como todos los pastores de humanos, pero aun así sacó a sus huestes chichimecas de la, por alguna razón tensa Aztlán, y los guió en su azarosa peregrinación hasta el Anáhuac, donde más adelante se inspiraron en el águila y la adoptaron como nuevo símbolo para convertirse en los Mexihcah, y forjar, a base de esfuerzo, pasión y sangre, su propio imperio Mexihcayotl, con su centro de poder en la portentosa Tenochtitlan.